

# LA CESTA DE HUEVOS



Aquella mañana un obrero había barnizado un banco situado junto a un árbol en pleno campo. Terminada su tarea, colocó el acostumbrado cartelito para advertir al público y marchó con la pintura a otra parte. Poco rato después, una violenta ráfaga de viento se llevó el cartelito por los aires y lo condujo lejos de

allí. Durante este tiempo, el tío Ceferino había sido encargado por su mujer de ir a la ciudad para vender una cesta de huevos. —Sobre todo —le dijo ella al despedirle— procura venderlos a buen precio y tráeme en seguida el dinero. Así se lo prometió el tío Ceferino y emprendió el camino hacia la ciudad; pero el sol



era muy ardiente y el buen hombre se fatigaba más que otras veces. Viendo un banco pensó que su buena suerte lo había colocado en su camino para que descansara un poco, y apresuró el paso para sentarse en él, dando un suspiro de satisfacción. Aquel descansito era, cuando menos, un agradable alivio.



Dejando la cesta a su lado, en el banco, se secó el sudor de su frente y a poco se dispuso a reanudar la marcha. Y cuando iba a incorporarse vió que en tierra, a poca distancia de él, brillaba al sol una moneda que sin duda le había caído al obrero que fué a pintar el banco. Ceferino se incorporó para cogerla, pero arras-



tró tras sí el banco, pues la parte posterior de su pantalón había quedado fuertemente pegada con el barniz. La cesta, también pegada al banco, vació su contenido al levantarse el hombre, formando en el suelo una tortilla. El pobre tío Ceferino se



vió obligado a regresar a su casa llevando a rastras el banco y la cesta vacía, produciendo la hilaridad de los que le veían y pensando que le esperaba por parte de su mujer un recibimiento como para dejarle sin sitio donde ponerse el sombrero.

# 15 ENTIMOS TBO 15 ENTIMOS

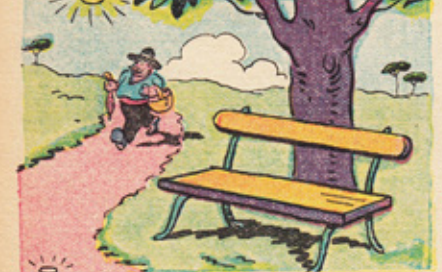
AÑO XX BARCELONA REDACCION Y ADMON.: PARIS, 201, BIS En propiedad. Copyright by TBO - 1928 NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES NÚM. 1010

## LA CESTA DE HUEVOS

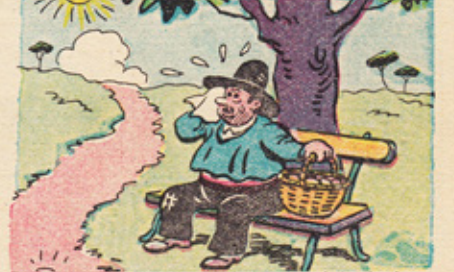


Aquella mañana un obrero había barnizado un banco situado junto a un árbol en pleno campo. Terminada su tarea, colocó el acostumbrado cartelito para advertir al público y marchó con la pintura a otra parte. Poco rato después, una violenta ráfaga de viento se llevó el cartelito por los aires y lo condujo lejos de

allí. Durante este tiempo, el tío Ceferino había sido encargado por su mujer de ir a la ciudad para vender una cesta de huevos. —Sobre todo —le dijo ella al despedirle— procura venderlos a buen precio y tráeme en seguida el dinero. Así se lo prometió el tío Ceferino y emprendió el camino hacia la ciudad; pero el sol



era muy ardiente y el buen hombre se fatigaba más que otras veces. Viendo un banco pensó que su buena suerte lo había colocado en su camino para que descansara un poco, y apresuró el paso para sentarse en él, dando un suspiro de satisfacción. Aquel descansito era, cuando menos, un agradable alivio.



Dejando la cesta a su lado, en el banco, se secó el sudor de su frente y a poco se dispuso a reanudar la marcha. Y cuando iba a incorporarse vió que en tierra, a poca distancia de él, brillaba al sol una moneda que sin duda le había caído al obrero que fué a pintar el banco. Ceferino se incorporó para cogerla, pero arras-



tró tras sí el banco, pues la parte posterior de su pantalón había quedado fuertemente pegada con el barniz. La cesta, también pegada al banco, vació su contenido al levantarse el hombre, formando en el suelo una tortilla. El pobre tío Ceferino se



vió obligado a regresar a su casa llevando a rastras el banco y la cesta vacía, produciendo la hilaridad de los que le veían y pensando que le esperaba por parte de su mujer un recibimiento como para dejarle sin sitio donde ponerse el sombrero.